

"No robarás"

Silvia González

Image not found.

Capítulo 1

"No robarás"

No éramos tan pobres, pero vivíamos con lo justo. Poca ropa, pocos muebles, algunos juguetes. Papá era más dadivoso, pero mamá, impertérrita, siempre contestaba que no. Comprar era una fiesta escasa. Nos alimentábamos bien, eso sí.

Los niños de la escuela se vestían mejor que yo, sus ropas eran más coloridas, más ágiles. Mis abrigos oscuros y gruesos resultaban opacos. Lo notaba bastante, pero no lo sufría demasiado. Penaba por otras cosas, como el miedo a la maestra o a los compañeros peleadores. Para entrar en confianza, mi padre me llevaba a conversar con la maestra en privado, donde ella, quizás disimulando la molestia, me sonreía y acariciaba la mejilla, para asegurarme que no pasaba nada, que yo era buena e inteligente. Me lo creía y sólo pensaba en cumplir con las tareas escolares al pie de la letra. Buenas lágrimas o dolores de panza me costaron las que no podía hacer.

La compra de los útiles escolares era una pequeña batalla, de la que a veces salía triunfante. 'La maestra pide esto, esto otro y aquello'. Mal encarada, mi madre daba el dinero. La librería, el paraíso de cuadernos y lápices, todavía ni aspiraba a las carpetas. Una novedad las lapiceras con cartucho de tinta y las fibras que intentaban reemplazar crayones y carboncillos.

La elección, el pago y un paquete mágico atesorado en mis manos contentas. Días después y pedidos a la ciudad más grande y más cercana, llegaban el libro de lectura y el manual, con sus perfumes de papel brillante y tinta nueva. Ya en casa, todos nuevecitos, los admiraba y disponía arriba de la mesa, tratando de disfrutarlos ahí, en casa, donde no temía retos ni peleas colegiales.

En la escuela era otra cosa: copiar sin perder una palabra, responder preguntas sin dudar y sin errores, pasar al frente a dar la lección o a escribir en el pizarrón. Una constante y a veces, pavorosa rigidez hasta el campanazo final de un día terminado.

La tarea fue especial en aquella oportunidad. Calcar con tinta china, que la maestra distribuyó por lo bancos, junto a una pluma, con mango rojo y punta afilada. Me parecían elementos tan maravillosos, tan añejos y tan...magníficos. Hicimos el trabajo, cuidando de no mover el papel, ni el nuestro ni el del compañero. Por supuesto, extrema delicadeza para no derramar, para no manchar ni una pizca de papel. El tiempo pasó raudo, la señora comenzó a apurarnos. La obra de arte estaba hecha. Un mapa clarísimo, con sus puntos señaladores y sus nombres perfectos. Llevar a

casa y pegar en el cuaderno. Campana. 'Guarden sus cosas, la señorita portera ordenará los tinteros, la pluma deben dejarla en la biblioteca. Despacio vayan saliendo y hasta mañana'.

Salimos atropellando y atropellando entramos a dejar la pluma, apuro y confusión. Hice como que la dejaba, pero no. La guardé con disimulo en el bolsillo de la cartera. Nadie se dio cuenta. Un peso de culpa en los hombros, pero ya estaba. Contesté en casa que la pluma la prestaron en la escuela para emprolijar el mapa en caso necesario. Hice el resto de los deberes. Lectura obligatoria diaria, búsqueda de palabras desconocidas en el diccionario, explicación con vocabulario propio y dibujo alegórico al tema.

¿Dónde guardar la pluma para que no se dieran cuenta que no la reintegraría?

Mientras, el libro de lectura permanecía abierto y sus hojas vueltas como sin querer. Reparé en el título 'No robarás'. Punzada de destello a pecado. El texto, amable y dirigido a niños buenos, afirmaba que Dios, aún en su misericordia, de una u otra manera quita al ladrón lo que éste ha robado. Más tarde, más temprano, el castigo llega. ¿Por qué? Porque la persona que fue hurtada sufre, entonces el ladrón experimentará lo mismo, para aprender a no hacerlo nunca más.

Padeciendo el miedo al castigo y el terror a ser vista, al día siguiente, entré como pude en la biblioteca de la escuela y dejé junto a las otras, la pluma malversada. Desde que asimilé esa lección, la creí con terquedad de mula y aunque no practico credo alguno, jamás volví a tocar ni el más insignificante de los objetos ajenos.